

---

## La segunda ventana

**E**n Jalisco, ha constatado Cristina Palomar, han surgido cuando menos cuatro centros o programas dedicados a descubrir, analizar, dar a conocer los quehaceres y vicisitudes de las mujeres de aquí y de otras tierras, de antes y de ahora. Esto tiene que ver, desde luego, con la importancia casi universal que ha cobrado el estudio de la mujer y de las relaciones de género. Tanto que, como sabemos, hoy por hoy, constituye uno de los ámbitos de mayor avance del conocimiento científico, de intenso debate en las ciencias sociales.

Pero tiene que ver quizá con la peculiaridad de esta tierra tan pródiga en hombres de desplantes legendarios que acuñaron ideas, divulgaron actitudes y popularizaron dichos deplorables para la condición femenina. De este modo, el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara ha surgido no sólo en un momento adecuado sino además en un contexto, un laboratorio social si se quiere, particularmente apto para conocer a Eva en un mundo de Adanes muy cinematográficos pero todavía

bastante convencidos de que el mejor lugar de la mujer se ubica detrás de la puerta y, de preferencia, con la pata rota.

De ahí que la tarea de investigación del Centro resulte aquí tan prometedora como urgente la difusión de sus resultados. Aunque seguramente todos los Centros y Programas tienen en mente la difusión de los estudios que realizan, el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara parece ser el primero que se propuso contar desde el principio con un órgano especializado y estable que diera cuenta del avance de las discusiones académicas, de los hallazgos de investigación, de reseñas, noticias y entrevistas en torno a la mujer y lo femenino, pero también acerca de los hombres y lo masculino. La apuesta era arriesgada. Se trataba de iniciar un centro de investigación y, al mismo tiempo, de comenzar y sostener una publicación periódica.

El éxito que convirtió en agotado al número 1 de *La ventana* es un buen testimonio de que la apuesta valió la pena. Creo que los que estamos aquí para apadrinar la llegada al mundo de esta *La ventana 2*, queremos desearle a este número de la revista un destino por lo menos similar a la primera, es decir, que sea leída, comentada, utilizada, otra vez hasta agotar existencias.

El éxito de *La ventana 1* es revelador del interés que existe por avanzar en la propuesta en la que Cristina Palomar ha insistido en los editoriales de los dos números: la necesidad de deconstruir, es decir, de mirar al mundo y sus obras, de ayer y de hoy, desde el punto de vista de la mujer y lo femenino con el objetivo de conocer de veras en serio lo que nos hace diferentes, lo que marca la diversidad entre hombres y mujeres sin que esto signifique ni acarree necesariamente jerarquía, desigualdad, subordinación de la mujer. La tarea además de ardua está llena de esas trampas, infinitas y sutiles, que han acuñado, queriéndolo o no, la historia, la cultura y, desde luego, las diversas ciencias sociales. En este sentido dar cabida a discusiones provenientes de diferentes áreas del conocimiento es otro acierto de *La ventana*.

La sección de artículos teóricos de este número se inicia con el trabajo de una psicoanalista, María Antonieta Torres Arias, sobre la mujer en esa etapa de la vida en que el paso del tiempo la excluye del deseo masculino y la manera en que ese proceso afecta la relación madre-hija-hijo. El argumento, manejado dentro de límites sumamente psicoanalíticos dificulta la mirada desde discipli-

nas distintas, pero desde un punto de vista más general, simplemente femenino si se quiere, parece sin salida, enmarcado en un pesimismo insuperable. Para la autora de *El derrumbe del cuerpo* la ausencia de falo hace que el cuerpo femenino sea concebido como ausencia, como un no sexo, situación a partir de la cual se derivan las nociones y acciones claves de la mujer durante toda su vida, en especial en aquella etapa en que, como decía Rosario Castellanos, las tentaciones pasan de largo.

La verdad es que resulta poco persuasivo definir las posibilidades —más bien imposibilidades— de la mitad de la humanidad por una diferencia irremediable que, para María Antonieta, define y jerarquiza para siempre la relación entre hombres y mujeres. Para ser justa se puede decir que el trabajo, publicado originalmente en 1991, acusa el paso del tiempo en un ámbito de agudo debate y rápido avance conceptual. Hoy por hoy sabemos que hay que relativizar la universalidad de los fenómenos, incluso inconscientes; estamos cada día más convencidas de que la diferencia no supone necesariamente jerarquía; entendemos a nuestros héroes intelectuales como actores sociales, es decir, como creadores activos de la cultura más que como ángeles acadé-

micos inmunes a las formulaciones genéricas de su tiempo.

El artículo que sigue es un ejercicio concreto de deconstrucción en el campo de la antropología, en este caso, a partir de la relectura genérica de un texto de Maurice Godelier sobre los Baruya de Nueva Guinea. Con toda la dificultad que significa trabajar materiales etnográficos ajenos —mayor desde luego en el caso del texto literario— los autores avanzan en una línea que puede resultar fecunda aunque espinosa: la revisión de los trabajos clásicos de la disciplina antropológica reconociendo, eso sí, una limitación metodológica casi insalvable: que muchas veces fue más lo que se omitió, lo que no se vio, que lo que se observó y dijo acerca de las mujeres en las sociedades tradicionales, resultado inevitable si se quiere de la mirada androcéntrica de los pioneros de la antropología.

Afortunadamente esto ha empezado a cambiar. En "Prisiones para mujeres: un enfoque de género" la antropóloga Elena Azaola trata precisamente de observar, de sacar a la luz, de ventilar la condición de la mujer en esa franja lúgubre de nuestra sociedad que es la cárcel, donde el argumento de que menos de un cinco por ciento de la población penitenciaria es femenina ha servido para obscurecer

su existencia y desestimar sus demandas específicas. Con base en un estudio del universo casi total de las mujeres que se encuentran encarceladas en poco más de doscientos establecimientos penitenciarios del país, se traza el perfil sociodemográfico de la mujer recluida que, constata la autora, ha variado poco a lo largo del siglo: joven, soltera, con hijos, con bajo nivel de escolaridad, ocupada en actividades de escasa remuneración, es decir, pobre. Pobreza que antes la empujó al robo y que ahora la ha convertido en burrera de droga, el escalón más bajo y por supuesto más delgado del narcotráfico, allí donde resulta barato ofrecer capturas fáciles que pavoneen la eficacia de la lucha contra la droga.

Elena muestra cómo en cada ámbito del quehacer carcelario y, en general de la vida de la mujer recluida, se expresa la profunda desigualdad que la hace incluso, y esto es lo más estremecedor del artículo, incapaz de entender y enfrentar la violencia, la injusticia de que es objeto porque desconoce que exista otra forma posible de existencia. ¿Cómo hacer que la mujer de la cárcel se defienda de los infinitos abusos cotidianos cuando la vida se encargó de negarle la noción misma de que tiene algún derecho humano?

Por esto y aunque no sólo desde este ángulo hay que ponderar la pertinencia de revisar la relación entre pedagogía, humanismo y educación desde una perspectiva de género. En su artículo Graciela Hierro da cuenta de los cambios que se han sucedido a lo largo del siglo en la familia, la educación, los mercados de trabajo, transformaciones que en su contradictoria complejidad apuntan hacia la posibilidad de construir una diversidad que tenga que ver más con las diferencias individuales que con las jerarquías de género. En un ambiente, a veces demasiado permeado por posiciones antropofóbicas, Graciela Hierro tiene el mérito de insistir en la diversidad como atributo de la complementariedad entre hombres y mujeres.

En esta misma línea de analizar la situación de género sin omitir a ese complemento irremediable, a veces irritante pero también recompensante de nuestra vida femenina que son los hombres, *La ventana* ha escogido para iniciar la sección de avances de investigación un trabajo de Alfonso Hernández Rodríguez donde se plantea el tema de la masculinidad desde la interrogante trastornadora del poder o el dolor. Alfonso ofrece sus primeros avances en torno a la reflexión de un asunto que, como sabemos, ha cobrado vigencia y vigor en el

mundo académico sobre todo europeo y norteamericano, al menos por ahora: la revisión de la masculinidad, tarea de desmantelamiento ideológico que debe ser sumamente complicada y sensible para quienes han detentado el poder con singular eficacia desde hace bastante rato. Dificultad que desde luego no tuvieron que enfrentar ni las pioneras ni las actuales estudiosas de la condición femenina.

Otro avance novedoso es el que ofrece Beatriz Gómez Barrenechea. En "Nuevos retos para el análisis de la politización de lo cotidiano" la autora comienza a explorar las posibilidades de analizar los fenómenos nuevos y fugaces de la sociedad urbana desde el punto de vista sociológico también novedoso que va más allá de la noción tradicional de la demanda femenina por servicios. En la protesta amplia ante deficiencias colectivas, como las que caracterizan a Guadalajara en los últimos años, se expresan desde luego rencores y afrentas acumulados, pero puede ser vista, dice Beatriz, como la evidencia de la emergencia de necesidades, angustias, demandas, exigencias, valores que se manifiestan en espacios urbanos, como Guadalajara, cada día más complejos, heterogéneos, desencantados. Antes, decía un agudo observador de la vida,

las ciudades fueron el territorio de la seguridad personal y la promesa de mejoramiento económico y social; ideas y símbolos que contribuyeron a poblar hasta la exageración a unas cuantas ciudades que, como Guadalajara, concentraron los privilegios de la modernidad. Hoy, en cambio, la ciudad aparece como el territorio de los mil peligros, de las incalculables tribus, como un campo minado por la angustia cotidiana del sobrevivir. Paradojas de la postmodernidad: la emergencia de demandas y luchas cotidianas por formas de convivencia que fueron de los mayores impulsos para abandonar y olvidar la vida rural agobiante, para irse a las ciudades.

La sección de avances se cierra con una lectura crítica, un diálogo prefiere decir Cristina Martín, con el artículo "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género" que apareció en el número 1 de *La ventana*. "Apuntes de lectura sobre el concepto 'género' de Cristina discute dos argumentos básicos del trabajo de Marta Lamas: el peso de los modelos culturales en la conformación de los comportamientos genéricos y la existencia de cinco sexos biológicos. Cristina reivindica e insiste en el carácter profundamente contradictorio de los "modelos culturales" como el factor que hace posible el cambio,

la disidencia, la subversión en cuestiones de género. Cristina discute además el asunto de los sexos como cuestión biológica o social y sugiere hablar más bien de usos múltiples de la sexualidad, donde, ahí sí, los únicos límites pueden ser la imaginación propia y la libertad del otro.

A la vista de este número de *La ventana*, se puede decir que el hincapié en autores foráneos, que se advierte en el número 1, fue una etapa, fruto de la noble tarea de hacerse centro y crear una publicación, más que una posición rotunda de la revista. Los avances de trabajo incluyen ahora lo que siempre se busca desde una perspectiva regional: los estudios que dan cuenta de lo que se hace, o comienza a hacer aquí y ahora, en este caso, en dos investigaciones que se llevan a cabo en el Centro de Estudios de Género.

La revista concluye con tres secciones estables. El apartado de reseñas que incluye comentarios amplio y acuciosos a libros de reciente publicación, a eventos académicos y artísticos que se han celebrado en últimas fechas en diferentes lugares del mundo incluida esta urbe tapatía. El apartado de noticias se detiene en un acontecimiento insoslayable: los resultados de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer que se

realizó en el mes de septiembre. Teresa González Luna reconstruye el diagnóstico de la situación femenina mundial y el papel central, aunque no oficial, de las ONG en el evento. Pero no sólo eso. Resulta imprescindible leer la entrevista, informativa y analítica, hecha por Teresa a dos investigadores del Centro que asistieron a la reunión y participaron en ese especial ambiente que se generó en Beijing.

El número concluye con otra entrevista, hecha por Manuel Verduzco a Jesusa Rodríguez, persona y personaje que, con la exitosa presentación de su obra, que hubo que repetir tres veces en la ciudad, puso en evidencia lo mucho que han cambiado los tapatíos.

Desde luego que ese garbanzo de a libra no es para cantar victoria o para dormirse en los laureles porque todavía hay mucho, muchí-

simo por hacer y deshacer en esta ciudad como en tantos otros ámbitos y espacios. De lo que no cabe duda es de que institutos como el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara forman parte de esa corriente infinita, hecha de múltiples cauces que procura, con prisa y sin pausa, que la mujer se aventure en el mundo a través, entre otras cosas, de las distintas ventanas que este Centro ha ayudado a abrir en beneficio de la mujer y también de ese Adán que, aunque escaso aún, ha comenzado a aprender a disfrutar que la mujer haya abandonado para siempre el obscuro, ignominioso espacio detrás de la puerta.

**Patricia Arias**

*La ventana. Revista de estudios de género*, núm. 2, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1995.